# *Cultura política en cuerpo de mujer*

*Por qué la política no ha admitido a las mujeres, por qué las mujeres actualmente la rechazan. No existe en este doble rechazo el embrión, ya sea de una crisis, ya de una crítica a la política, que se transforme en política distina.*
Rossana Rossanda

**Alicia Martínez**

## Introducción

Cuando se vive en cuerpo de mujer y se anhela el poder político sucede una movilización de sentimientos e ideas ambivalentes, que suelen ser incomprensibles para los otros y, hasta hace poco tiempo, también para las propias mujeres. Despejar ese enigma es una forma de aproximarse a la comprensión de los comportamientos políticos femeninos.

La reflexión sobre la cultura política moderna y el género no puede obviar el expediente previo de desentrañar las condiciones de construcción de la subjetividad política femenina en y ante el orden político. Subjetividad que anida en las experiencias de las mujeres en el campo político, la mayoría de ellas marcadas por mecanismos de exclusión, invisibilidad, tutelaje e integración con desmedro de su identidad femenina.

Comprender las contradicciones que atraviesan las vivencias femeninas en la acción política contribuye a hacer inteligibles sus comportamientos, según cánones que difieren de las pautas de "normalidad" derivadas de la acción política protagonizada por hombres.

Si no, cómo entender ¿por qué en las instituciones políticas muchas mujeres se viven como seres anfibios, o en otros casos como seres ajenos a ese mundo? Por qué a la pregunta ¿de quién es la política? se responde, con la inmediatez de la obviedad, de los hombres. ¿Por qué en la historia pública mexicana (por poner un caso) tuvieron que pasar más de treinta y seis años para que las mujeres pudieran votar, y otros veintiséis años más hasta que una mujer fuera gobernadora? Y finalmente, cómo entender, si no, ¿por qué el movimiento de mujeres ha reflexionado tan arduamente sobre la relación de la mujer con el poder, imaginando un nuevo estilo de hacer política?

El objetivo de este trabajo es explicar algunos de los sentimientos e ideas que activan y frenan el deseo femenino de poder, modelando así su expresión pública. Para ello se analizan en una primera parte experiencias de mujeres dirigentes de partidos políticos, y en una segunda de feministas, con el objetivo de identificar los rasgos que caracterizan la sensibilidad política femenina que se desenvuelve en la acción política protagonizada por estos dos tipos de mujeres.[1]

El interés que lo sustenta es mostrar la necesidad de abrir la perspectiva del análisis político y su supuesto de neutralidad genérica, para generar explicaciones más adecuadas a la racionalidad de los hechos que protagonizan las mujeres en ese ámbito.

## De cómo ciertas subjetividades construyen nuevas razones

*Yo creo que para llegar a ser algo, si eres mujer, tienes que tener algo de hombre... (Activista de partido político, 1988)*

La relación entre política moderna y mujer comprende dinámicas sociales y subjetivas complejas, muchas de ellas vinculadas al proyecto democrático moderno. Este proyecto, civilizatorio y creador de un sistema político, se instaura con la exclusión de las mujeres del pacto político y su denegación como ciudadanas. Ya casi entrado el siglo veinte, se desarrolla integrándolas en las instituciones políticas. Tal contexto condicionó la formación de la subjetividad política femenina, que debió desenvolverse al inte-

*Este trabajo es una versión fragmentada de un capítulo del libro que con el mismo título aparecerá próximamente.

rior de una cultura pública masculinizante y, en enfrentamiento a dispositivos discursivos e institucionales que, ambivalentemente, las invitaban a incorporarse, mientras les designaban lugares de secundariedad y les exigían adaptación a los comportamientos y valores establecidos que regulaban dichos ámbitos.

Fue el movimiento feminista contemporáneo al legitimar la autodeterminación moral e intelectual femenina el que abre a las mujeres la posibilidad de pensarse en el mundo público con estatus propio. Bajo ese supuesto las mujeres iniciaron la afirmación de una experiencia histórica nueva, socializada y masiva, en la acción pública y en la vida privada, sin tener para ello que despojarse de su identidad "privada" y sus saberes acumulados. Así dieron plausibilidad a su voluntad de poder, no sólo para hacer suya la política, sino para intervenir, con su propia perspectiva, sobre los fines y el ejercicio del poder.

La construcción de esa nueva voluntad de poder no ha sido fácil, ni lo es aún. Los inconvenientes aparecen en demasía, instalados difusamente en las normas que estructuran las instituciones públicas, en los órdenes culturales que simbolizan diferenciadamente para los sexos, las palabras y los hechos.

El feminismo ha empeñado esfuerzos diversos en el análisis de los factores que provocan la autoexclusión de las mujeres del ejercicio del poder público así como de los mecanismos, discursos e instituciones sociales que la promueven y reproducen. Las alternativas en proceso combinan viejas y nuevas experiencias particulares de las mujeres, incluyendo trozos de diversas identificaciones de lo femenino, cuyas proporciones se están calibrando en dirección hacia la afirmación de las mujeres mediante la voluntad de construcción de sí mismas.



Haciendo un breve recorrido analítico-histórico sobre la experiencia pública de las mujeres podemos observar las condiciones en que se reproduce su integración a la política y las condiciones que debe generar para, al menos, permanecer en ella.

## *Exclusión: las mujeres pactadas*

Recordemos qué sucedió cuando en 1789 las revolucionarias francesas comenzaron a reunirse en sus comités para acceder a la distribución de los nuevos poderes de los ciudadanos libres e iguales: fueron guillotinadas algunas, reprimidas las más. Se podría decir que el proyecto democrático moderno se inició guillotinando la palabra pública de la mujer [Eva Giberti, 1992]. De allí en adelante se hará invisible la presencia de las pocas mujeres que resistieron el decreto de desalojo. Y para la mayoría de las mujeres, devueltas al ámbito privado, comenzará a acuñarse un sentimiento de no pertenencia ante la política.

## *Invisibilidad: las mujeres sin palabra*

La invisibilidad, a la que las mujeres quedaron sujetas en la acción pública, dista mucho de ser una realidad oculta o escondida en alguna profundidad inalcanzable. Muy por el contrario, es una realidad densamente poblada con hechos, palabras, procedimientos y relaciones que atraviesan diariamente la experiencia práctica y subjetiva de las personas, que, sin embargo, escapan al entendimiento en su transcurrir naturalizado. En este sentido lo invisible es lo denegado, lo interdicto de ser visto, y por tanto de ser conocido [Fernández, 1993].

Esa invisibilidad es la que traerá consigo dos efectos de consecuencias significativas para las mujeres. Uno de ellos, la imposibilidad de mantener la memoria social de los saberes acumulados en las experiencias políticas. De esa forma, la socialización política femenina no puede remitirse a modelos de acción femenina. La acumulación de experiencias en este campo es circunstancial y de extensión muy limitada: se da entre las mujeres que pertenecen al mismo grupo y, generalmente, como una cuestión de política entre amigas. El conocimiento que se transmite

♦♦♦

expresa vivencias personales que, ante la falta de un marco de referencia amplio, vuelven a repetir en cada caso los mismos problemas sin poder explicar más allá de la situación dada. En general la comunicación suele desarrollarse con un tono de queja frente a los impedimentos que no pueden sobrepasarse o, a lo sumo, de intercambio de argucias que han mostrado su efectividad. De más está indicar la ausencia de tales conocimientos en la ciencia política. Un proceso tal contribuye a reforzar la idea de que las formas de participación política protagonizadas por los hombres son el único criterio de normalidad de los comportamientos políticos. La consecuencia que esto produce para el común de las mujeres es la idea de que la política es un lugar que no les pertenece y tal sentimiento es una de las claves del desinterés por la política que se les atribuye, no sin razón aunque no razonablemente.

### *Adaptación: la masculinidad en los gestos femeninos*

La segunda consecuencia se refiere a los esfuerzos que las mujeres deben realizar para contrarrestar la denegación de su existencia política en tanto mujeres. Contrarrestarla les exige aplicar un "plus" de energía en la actividad política, más allá de la que aplica en el objetivo concreto. Ese "plus" implica un trabajo de demostración externa para legitimarse en un lugar que, simbólicamente, les es prestado. La mujer entra a la política con un *a priori* cultural de lo que significa ser mujer, un des-valor que tiene que transformar en valor, como paso previo a la actividad específica del ámbito. La estrategia más frecuente para avanzar en la carrera política ha sido escenificar una masculinidad potencializada. Ello se expresa de diversas formas, según la experiencia particular de las mujeres políticas. Escuchemos algunos de estos relatos.

> Es tan difícil, tan complicado [...] la mujer tiene que demostrar continuamente que comprende, que es racional, que vale y que está a la altura del hombre, porque igual a él no es.
> (Activista, feminista italiana)

> Hay una especie de doble responsabilidad de las mujeres. Le puedo asegurar que en el partido hay montones de hombres que desconocen la política, pero actúan con un desenfado que no se produce en las mujeres [...] Una tiene que cumplir todos los roles, una tiene que dar bien los exámenes. Esto está exacerbado en la política porque tiene que ver con el poder, un lugar mucho más difícil de acceder para la mujer.
> (Dirigente de partido político)

> A las mujeres se nos exige el doble que a los hombres. Habría que hacer un análisis de los hombres diputados en la legislatura pasada, y de verdad cuánta idiotez hay en muchos de esos hombres, y que a nosotras se nos exige ser las mejores para estar ahí. A veces pienso que habrá igualdad cuando haya también diputadas idiotas.
> (Dirigente feminista, México)

### *Resistencia: la interioridad del cuerpo femenino*

Junto a la acción demostrativa se desarrolla una labor emocional para mantener en equilibrio la imagen de sí misma, amenazada por la falta de confirmación externa inmediata. La adaptación a un modo masculino exige ocultar, en algún grado, su modo de pensar, valorar o mirar las cosas con cierta diferencia. Es decir, debe frenar o traducir su experiencia particular, lo cual la empuja a tener que organizar su mente y sentimientos en un doble registro:

1) Invertir energía para controlar el malestar provocado por sentimientos de inadecuación, que suelen expresarse —esporádicamente— en fuertes derrumbes narcisistas; y,

2) También, negociar con su propia ambivalencia entre el deseo de "querer ganar para sí misma", y el mandato femenino de ejercer poder en beneficio de los otros, en especial de la familia. [Markus, 1990; Miller, 1991]

Estos malestares suelen expresarse en un sentimiento de inadecuación, que activa mecanismos de autocensura y debilita el sentido de autonomía, reafirmando así la idea de que es más beneficioso para una mujer mantenerse en posiciones tuteladas o protegidas.[2] Volvamos a escucharlas.

> Si a mí me preguntan qué trabas tuve, no puedo decir exactamente. Pero sí diría, actuar y pensar como un hombre sin dejar de ser mujer.
> (Activista de partido político)

> Yo me autocensuro porque siempre me parece que hay alguien más calificado. Y después, muchas veces, el que subió tiene muchísimas menos condiciones que yo, y me arrepiento de no haber peleado.

(Activista de partido político)

> Ser mujer en el ámbito político es un desafío, significa un desafío de todos los días, de todas las horas, de estar marcando el rango [...] Todos los días hay que decir éste es mi espacio, éste es mi lugar. Esto de que la política es una cosa de hombres sigue sonando todavía.
> (Dirigente de partido político)

## *Un deseo de poder condicionado*

La reticencia a reconocer el deseo de poder es tal vez el núcleo más duro de la subjetividad femenina y el escollo más difícil de pasar. Es aquí donde las percepciones o alternativas que las mujeres tienen o proyectan con respecto a las posibilidades de realización de este anhelo embonan con la aspiración a un modo diferente de hacer política, aunque las argumentaciones que utilizan las mujeres políticas y las políticas feministas no sean las mismas.

En principio, para una mujer expresar su voluntad de poder es arriesgar una imagen de sí inmediatamente antipática. Desear poder causa escándalo y, verbalizado por mujeres, causa aún mayor escándalo. El poder está asociado a una imagen despótica, que en las mujeres adquiere peso dramático, porque a ello se agrega su experiencia de haber sido objeto del poder más arbitrario: aquel que no sólo ordena "tú no puedes", limitando una potencialidad de poder que sin embargo es reconocida, sino el que niega tal posibilidad ordenando "tú no puedes porque no eres" [Bocchetti, 1991].

No es que las mujeres no ejerzan poder sino que hay un modo más aceptable de desarrollar ese deseo: pedir para los otros. Ésta ha sido por mucho tiempo la forma en que las mujeres hicieron aceptar su presencia en el mundo, en la sociedad, en la familia. Era el modo posible y consentido socialmente de reconocimiento para afirmar una idea de sí mismas [Amorós, 1991]. Pero este mecanismo reproduce la imposibilidad de admitir un logro para sí mismas, lo cual tendrá consecuencias en el alcance, que ellas mismas se autoricen, a sus aspiraciones de poder y en las condiciones que se permitan para su ejercicio.

Frente a esta situación las irregularidades empíricas resultan sorprendentes. Hay una necesidad de distinguirse y distanciarse de las formas dominantes de poder, relacionadas con la expresión de ambiciones personales y el alejamiento, uso o manipulación de la gente a la cual se dicen representar o servir. Sin embargo, el poder es deseado si ofrece posibilidad de acción. El sentido de querer y tener poder es valorado positivamente como condición de poder hacer, como un medio para cambiar situaciones injustas o solucionar aspectos de la vida, la convivencia, atendiendo asimismo a la realización de las personas.

Las expresiones de activistas de partidos políticos revelan parte de estos sentidos. Así, el poder es definido como: "la posibilidad de cambiar algo", "realizar cosas que son indispensables".

Las mujeres con cargos políticos se manifiestan de manera similar: "El poder es ocupar un espacio para hacer una transformación, no ocupar un espacio por la cosa simple del poder, demostrar que se está ahí y que se ocupa", "tener un cargo de poder, mucho más que poder es responsabilidad. En realidad lo que uno tiene es poder de hacer y sobre todo la obligación de poder hacer".

El deseo de poder político en cargos es descalificado en el caso de mujeres tanto por hombres como por mujeres. Se le considera una conducta irregular. Se tiende a separar el poder como compromiso político y el poder de ocupar cargos, aunque paradójicamente, se ambiciona un poder de decisión, de influencia para la realización de los proyectos e ideas necesarias e importantes que las inspiran.

La carga cultural de no ser sujetos de poder se manifiesta en la invalidación de aquéllas que expresan tales anhelos.

> Entiendo que todos los que hacemos política tenemos una cosa en común: queremos llegar al poder. Pero en el hombre parece válido, y en las mujeres no [...] En la mujer está mal visto, se lo recriminan.
> (Activista de partido político)

> Las mujeres tenemos vergüenza de decir que nos gusta el poder. A mí hace quince días casi me agredieron por decir que yo quería el poder. Y cuando digo que yo quiero ser presidenta de la nación todo el mundo se ríe. Yo no le veo nada de cómico. Si lo dijera un señor en mi lugar, abogado y de 38 años, como yo, dirían: ¡qué joven con futuro! Yo lo digo y se ríen.
> (Activista de partido político)

## *Excepcionalidad: un éxito que diluye el triunfo*

Las mujeres con cargos políticos, dado el escaso número que

representan, resultan una excepción en doble sentido: respecto de sus colegas masculinos y de la mayoría de las mujeres. El carácter excepcional de esa situación, junto al éxito de haberla logrado, las conduce a negar la existencia de marginación o a sentir la impotencia por no poder cumplir, como lo expresaba una política, "con lo que las compañeras de partido están deseando que yo diga". El efecto en el resto de las mujeres es una mirada de envidia o admiración. Algunas expresan alegría y gratitud por sentirse habladas, otras parecen envidiarlas por haber traicionado el espacio común. En ambos sentimientos se manifiesta la misma dificultad de cualquier mujer para imaginar ese lugar como algo posible para ella.

Las coincidencias manifestadas por las mujeres insertas en experiencias de poder remiten a un núcleo emocional e intelectual donde se identifican sentimientos similares de inadecuación, culpa, sobrexigencia, violencia simbólica, sentido de excepcionalidad, ambivalencia acerca de su identidad femenina y esfuerzos de afirmación como mujeres. Todas ellas son vividas como malestares personales y solucionadas en el ámbito de la experiencia personal, con lo cual los esfuerzos, inversiones y argucias de las mujeres para permanecer en la política, si bien contribuyen a cambiar situaciones, obstaculizan la percepción de los problemas como elementos estructurales y simbólicos que preceden y transitan su voluntad de ser. Los éxitos parciales y transformaciones puntuales que aseguran no logran quebrar las dinámicas que reproducen los obstáculos, aunque abonan un espacio social de resistencia y cuestionamiento de las desigualdades de género en la política.



## *Alternativa: la supervivencia, estrategia para permanecer*

Bajo esta perspectiva, las alternativas están condicionadas por una estrategia de supervivencia, que supone el desarrollo de ciertas condiciones para el ejercicio de poder. Entre ellas: la moderación de aspiraciones, la aceptación de los costos de una práctica con alto grado de esquizofrenia, el autocontrol de los desequilibrios identitarios, la creación de mecanismos indirectos para influir, el alejamiento de las mujeres como colectivo social y la esperanza de un reconocimiento que se producirá con el tiempo.

Sin embargo, los relatos de mujeres políticas exitosas reflejan desconcierto donde se intuye la necesidad de un algo más por hacer.

> Hay escollos que son de pronto notorios, pero no son hablados, no son visibles. Hay una serie de mitos a los que no tienes acceso, pero no porque te lo prohiban, o porque te digan que no puedes, o porque una tenga una autolimitación, porque yo no la he tenido [...] es como una barrera invisible que te van formando.
> (Dirigente de partido político)

Pero qué hacer para poner fin a un régimen de escisión "que nos da la palabra y nos quita el sentido de ser mujeres antes que hombres" [Luisa Muraro, 1986]. Una pregunta que surge entonces es si ¿las dirigentes y activistas feministas están a salvo de estos escollos si su sensibilidad política es diferente?

## Sensibilidad política feminista: siempre mujeres y algunas diferencias

*El hombre no es el modelo al que la mujer debe adecuar el proceso de descubrirse a sí misma. (Roma, 1970)*

En 1986 se realizó en México una reunión entre dirigentes feministas latinoamericanas con el propósito de intercambiar experiencias sobre la intervención del movimiento en la política. En aquellos momentos el movimiento feminista comenzaba a reconocer la urgencia de una influencia pública y a proponerse mayores contactos con los actores políticos para traducir las modificaciones logradas en contenidos sociales.[3]

La discusión comprendía una agenda amplia que no es el caso reproducir en este momento, sin embargo sí procede presentar algunos puntos relacionados con el tema que nos ocupa.[4] Es decir, los sentimientos que se movilizaban alrededor del poder, y que en el discurso se expresaban como lo que querían y lo que no querían que sucediera en torno al ejercicio del poder en el movimiento y en la relación con los actores políticos externos. En el fondo se trataba de una reflexión sobre el modo de hacer política, incorporando la experiencia particular de las participantes en la movilización feminista, sus antecedentes en los partidos políticos de izquierda o contactos esporádicos con el gobierno y la afirmación de una "nueva" identidad pública femenina.

Los deseos y miedos expresados mostraban la ambivalencia contenida en los procesos de integración de las mujeres al mundo político, cuando pretenden hacerlo con perspectivas y palabras propias y no sólo vía la adaptación al comportamiento masculino predominante.

Al respecto se observan los siguientes dilemas:

1) Adaptación o afirmación de la diferencia

Miedo a la masculinización de la vida de la mujer y deseo de no atravesar por las formas de acción social y por las políticas preestablecidas.

2) Institucionalización preservando autonomía

Miedo a la institucionalización del proyecto feminista con su entrada al mundo político ante el riesgo de perder su carácter subversivo. Temor, particularmente, a ser fagocitadas por otras dinámicas sociales de poder, cooptadas por el Estado y a transformarse en apéndice o adorno en los programas de partidos políticos o en los del gobierno.

Unido a lo anterior se enfatizaba la aspiración a ser aceptadas por la sociedad y el sistema político a partir de su identidad femenina, a raíz de la cual podrían expresar los siguientes anhelos: mantener una sensibilidad que imprime en nosotras otra visión del mundo; desarrollar el potencial subversivo del feminismo que al cuestionar la



discriminación de género abre la crítica a todo tipo de discriminación social; crear una forma de hacer política menos restringida que la contenida en los partidos políticos, es decir, incluyendo la participación social; seguir imaginando y produciendo nuevas formas para resolver los problemas que aquejan a la sociedad contemporánea, y ensayar nuevas modalidades de ejercicio del poder político.

3) Autoexclusión del poder o aceptación de los riesgos

Evitar llegar a la paralización, por temor a contaminarse con el mundo patriarcal, a exacerbar el purismo, a reafirmar el *ghetto*. Aspiración a mantener la autonomía y la dirección en la vinculación con los otros, para lograr influencia real.

Contraponer el miedo al poder, el miedo a quedar aisladas. Tener audacia para atreverse a correr riesgos, a equivocarse en la inclusión en la política, a medirse con la realidad.

4) Ideologías dogmáticas o plurales

Miedo a la política basada en dogmas, ideologías y proyectos cerrados, que limiten la expresión de la pluralidad y tiendan a visiones y organizaciones unificadas.

Un anhelo de globalidad del movimiento, entendido como incorporación de todas las mujeres y de todos los ámbitos de acción protagonizadas por ellas, así como de integración en el activismo político de los aspectos personales y sociales de las experiencias como mujeres.

5) Poder o eficiencia

Terror a caer en la dinámica de consignas que siempre se gritan y nunca se cumplen. Es necesario asegurar obras y no promesas, trabajar con eficiencia pero evitando la instrumentalización de los objetivos feministas de las acciones en que se intervenga. Al respecto, el reto es incorporar en la acción el contenido de los fines mismos y mantener constante la premisa de "lo personal es político", provocando —simultáneamente— transformaciones personales y modificando las normas, valores, instituciones y relaciones que influyen y regulan la vida cotidiana en lo privado y público.

6) Fragmentación de la experiencia femenina: entre lo público y lo privado

Miedo a la separación y fragmentación de los niveles de la experiencia femenina: por un lado lo privado y por el otro lo público. Deseo de mantener la integridad de la persona: la vida, los afectos, el trabajo, la diversión y la participación pública; pues el feminismo no quiere cambiar aspectos parciales de la subordinación genérica, sino cambiar la vida de las mujeres.

7) Ser para otros o ser para sí mismas

Temor a olvidarse de los deseos propios y actuar sólo en función de los deseos de los otros, sean los hijos, la familia, la organización política o las necesidades de otras personas. Anhelo de romper con las costumbres, para nutrir la expectativa de que: "algún día voy a determinar cómo soy". Unido a ello se manifiesta el "terror a quedar encerrada en mí, ser mujer por la idea de cómo somos y sentimos; así, es mejor rescatar y afirmar esa forma femenina para actuar, sin distinguir lo que una vez nos fue impuesto y lo que hoy deseamos mantener o eliminar".

8) Alianzas: hermandad o solidaridad entre mujeres

Miedo al ejercicio de autoridad frente a otras mujeres porque entre mujeres esto suele ser confundido con actitudes jerárquicas o autoritarias. También, a la pérdida de relaciones de igualdad en la organización que expresan sentimientos de comunidad y hermandad entre las mujeres.

9) El derecho a experimentar: rutina o invención

Temor a regresar a viejas recetas, dogmas y formas de resolver los problemas ante la incapacidad de afirmar los productos de nuestra imaginación.

Deseo de innovar en todo: el lenguaje, la forma de organización para lograr coordinaciones sin pretensión de controlar o estrechar los márgenes del movimiento; en los criterios para evaluar éxitos y fracasos de la acción política.

## Relaciones y diferencias entre los discursos de las mujeres políticas y las mujeres feministas

La sensibilidad que reflejan las feministas en las descripciones de sus miedos y deseos mantiene cierta similitud con la expresada por las mujeres políticas. Es común el malestar ante la posibilidad de ser negadas, excluidas o no aceptadas con identidad propia; sentimiento que en las feministas proyecta los riesgos de una nueva invisibilidad, más peligrosa, por menos evidente, que la generada históricamente por mecanismos expresos de exclusión. Al extender una presencia femenina con palabras propias en instituciones poco receptivas al nuevo lenguaje, pasar por quedar mudas no es una posibilidad descabellada.

En estos casos los obstáculos, siendo iguales, adquieren su diferencia por la inscripción del deseo de poder de unas u otras, es decir, de las mujeres políticas y de las feministas en una estrategia de supervivencia en la política o en una estrategia de vida en la política. En este sentido acciones similares, tales como la inversión de energías extras para sostener la propia identidad, juegan en un marco de acción diferente: ya no solamente resistente, sino también ofensivo.

La acción pública requerida tendrá, asimismo, fines específicos y diversos, pero el "plus" de energía que será aplicado para realizarla, será aquél necesario para afirmar esa identidad femenina autodeterminada. Es por ello que la eficacia no puede ser, en este caso, medida por el éxito personal de una mujer (o muchas) en la carrera política. Otro aspecto importante es que los medios utilizados tampoco son inocuos al resultado. Medios y acciones eficaces remiten al mismo objetivo de crear condiciones de reconocimiento de las mujeres sobre sus propias invenciones e inversiones en la realidad. Por supuesto, hay en ello la necesidad del reconocimiento de los otros, pero si bien se espera que éste se produzca, es más la premura de generar la propia legitimidad para que ello ocurra.

La multiplicidad de tensiones para compaginar vida privada y pública no difieren ni en intensidad, ni en contenidos entre unas y otras; si alguna diferencia pudiera registrarse es que las mujeres políticas la viven como ineluctable aunque con posibilidad de lograr mejores equilibrios, mientras que las feministas la viven con la esperanza de crear un modelo de acción pública que las resuelva. Pero en ambas persiste la conciencia de que es un deseo sin curso social, por el momento.

El punto que marca la mayor distancia entre los dos grupos analizados es el que se refiere a cómo son percibidas las mujeres en general y qué función de referencia cumplen éstas en el comportamiento político de las mujeres políticas y las feministas.

En este sentido, mientras que para las feministas, las mujeres, todas y cada una, son potencialmente las dadoras y protagonistas de la fuerza política feminista, para las políticas ellas son parte de la población a quién dirigir sus acciones, o colegas en competencia en el partido, o finalmente, compañeras que esperan mutuamente decirse algo más sobre ellas mismas, sin encontrarse aún las palabras para hacerlo.

El imaginario social femenino, como estereotipo de feminidad y como subjetividad propia es, en ambas, materia de trabajo. Lo que difieren son los instrumentos empleados para moldear la materia y los fines conscientes que persiguen. Las mujeres políticas trabajan sobre el modelo de identidad femenina de la mujer emancipada, aunque sientan y reconozcan las dificultades que la concreción del mismo implica: son iguales pero no tanto, son autónomas pero hasta cierto punto, tienen iguales derechos pero es más difícil ejercerlos. Sin embargo, a través de demostraciones personales en el campo político, combaten los prejuicios que alimentan los estereotipos tradicionales de la mujer: dependiente, débil, sentimental, ingenuamente altruista... Y en ese sentido producen efectos simbólicos sobre el resto anónimo de las mujeres. Pero efectos débiles, pues la excepcionalidad de su acto lo transforma en referencia lejana y aspiración inalcanzable para la mujer común. Evidentemente, con frecuencia, la lucha por mantenerse en la política y hacerlo con éxito las lleva a eludir su calidad de mujeres afirmando la neutralidad de la pertenencia a un género.

Para las feministas, la identidad genérica es la materia política privilegiada. Una de sus tareas es traducir aquello que se encuentra en estado de experiencia individual, privada, como malestar, inquietud, expectativa y frustración en las mujeres a una expresión pública; es decir, hacer emerger lo sentido individualmente como malestar en problema colectivo, trasladar las energías del acto, de un acto de resistencia solitario a la producción de poder social y devolver a la interioridad de cada mujer la fuerza que se alcance como un medio para que cada una reformule más libremente su experiencia.

En este sentido, las feministas combaten los estereotipos femeninos tradicionales, incluyendo los logros simbólicos de la imagen de la mujer emancipada, pero radicalizando el supuesto de autonomía que ésta representa: una mujer independiente que puede, más o menos, elegir por sí misma de aquello que se le ofrece, pero sin oportunidad de transformar la oferta.

Sintéticamente, la imagen femenina a reconstruir expresaría la liberalización del deseo de ganar tanto la paridad con el hombre, como un algo más, una existencia para sí misma. Es decir, que su diferencia produzca, también, realidad.



## Conclusiones

Hemos intentado indagar algunos rasgos de la experiencia política femenina, particularmente aquellos conflictos que se activan alrededor del deseo de poder. Lo hicimos recurriendo a la expresión de mujeres pertenecientes a partidos políticos y otras feministas. El universo se ha limitado a las mujeres partícipes de estas experiencias actuales.

Los resultados muestran que la realización del deseo de poder femenino está mediada por una percepción particular producto de las experiencias femeninas fuera y dentro de la acción política. Esta sensibilidad tiene una historia institucional, aunque no esté escrita, caracterizada por la negación, invisibilidad, tutelaje e integración "forzada" de la participación pública femenina. Y tiene, además, una historia simbólica que hace a la producción de los individuos con marcas diferenciales de género. En el cuerpo de la mujer se ha inscrito un desvalor, que organiza los límites del deseo femenino, especialmente, del deseo de "poder ser". Estos símbolos intervienen en el comportamiento político algunas veces activando sentimientos de culpa u omnipotencia, otras de incomodidad o exigencia de afirmación.

También hemos señalado las estrategias desarrolladas por las mujeres, sean para ocultar o controlar los efectos de esas historias o para colocarlos en evidencia y transformarlos.

Cualquiera de las dos situaciones nos habla de una subjetividad que ha de tenerse en cuenta, si aspiramos a explicar con razones adecuadas la conducta de las mujeres en la política.

Para ello se necesita abrir el ángulo de análisis de lo político y sus teorías, revisando el supuesto de la neutralidad genérica de la acción política e incorporando los modos en que se expresan distintas subjetividades sociales (y en ello se incluye más allá de la producida por el género) cuando de poder se trata. Resta afinar los instrumentos de registro y comparación de los comportamientos políticos para garantizar la captación de datos cualitativos y diseñar objetos de comparación contextualizados en su diversidad y homogeneidad. Tal vez este intento tenga algo más que decirnos de lo que hemos previsto en este artículo.◆

## Notas

[1] El estudio se ha basado en cuatro tipos de fuentes. Para el registro del comportamiento político de las mujeres feministas nos hemos apoyado en la información proveniente de los discursos expresados por dirigentes feministas mexicanas, a raíz de un debate mantenido entre ellas y feministas latinoamericanas sobre la actuación política del movimiento feminista. Este debate fue publicado, textualmente, en el libro *Jornadas Feministas. Feminismo y sectores populares en América Latina*, Editoras EMAS, CIDHAL, GEM, MAS, CEM, COVAC y APIS; México, 1987. Este material fue analizado, identificando las expresiones de miedos y deseos ante la política, contenidas en los mismos. También se consideraron las opiniones vertidas por mujeres de partidos políticos mexicanos (particularmente del PRI y el PRD) con relación a un debate, auspiciado por la revista *Debate Feminista*, acerca de la participación de las mujeres en el ámbito político institucional, los cuales fueron publicados en el volumen 4 del año 1991 de la revista citada. Se utilizaron, asimismo, los resultados de entrevistas a mujeres políticas del PRI, PAN y PRD realizadas por mí, a raíz de dos encuentros llevados a cabo en México en 1991 y 1993. Me refiero al "Foro sobre Políticas Públicas y Mujer" (MAS y Fundación Ebert) y el "Primer Seminario sobre Participación Política Femenina y Políticas Públicas" (PIEM y la Fundación Konrad Adenauer). Finalmente, retomamos algunos de los resultados de la investigación dirigida por Jutta Marx acerca de la participación política de las mujeres en la Unión Cívica Radical, partido político argentino, publicadas en el libro *Mujeres y Partidos Políticos* de Jutta Marx, editorial Legasa, Buenos Aires, 1992.

[2] Si bien en las leyes se han eliminado los mecanismos de tutela para la mujer, ellas todavía guardan subjetivamente las marcas de aquella situación. Ana Fernández define a la subjetividad tutelada como aquella subjetividad que presenta un escaso nivel de individuación y se halla asentada en prioridades sentimentales e ideales de postergación, más que de éxito.

[3] Nos referimos a la reunión ya mencionada en la nota 1, bajo el título "Jornadas feministas. Feminismo y sectores populares en América Latina", realizada en México, Distrito Federal en 1986.

[4] Los resultados son producto del análisis de los discursos de las participantes en el debate que realicé en 1990. Otra interpretación de estos discursos que hice con otros fines se encuentra en un artículo titulado "Identidad femenina: crisis y construcción", en María Luisa Tarrés (comp.) *La Voluntad de Ser, Mujeres en los noventa*, El Colegio de México, México, 1992.

## Bibliografía


Álvarez, Griselda. *Cuesta Arriba. Memorias de la Primera Gobernadora*, FCE, México, 1992.

Amorós, Celia. *Mujer, participación, cultura política y estado*, La Flor, Buenos Aires, 1990.

Varias autoras. *Jornadas feministas. Feminismo y sectores populares en América Latina*, EMAS, CIDHAL, GEM, MAS, CEM, COVAC, APIS, México, 1987.

*Debate Feminista*. "El feminismo en Italia", Año 1, Vol. 2, México, 1990.

—"El deseo del poder y el poder del deseo", Año 2, Vol. 4, México, 1991.

—"Cuerpo y política", Año 5, Vol. 10, México, 1994.

Bocchetti, Alessandra y Muraro, Luisa. *Ganar qué, para ganar qué: nuestra cuestión con el poder*, Mimeo, Italia, 1986.

Buxó Rey, M. Jesús. *Antropología de la mujer. Cognición, lengua e ideología cultural*, Anthropos, España, 1988.

Cortina, Adela. *Ética aplicada y democracia radical*, Tecnos, Madrid, 1993.

Davids, Tine. "Identidad femenina y representación política: algunas consideraciones teóricas", en: *La Voluntad de Ser*, María Luisa Tarrés (comp.), El Colegio de México, México, 1992.

Di Nicola, Giulia. *Reciprocidad hombre/mujer. Igualdad y diferencia*, Narcea, Madrid, 1991.

Fernández, Ana María. *La Mujer de la Ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*, Paidós, Argentina, 1992.

Fraser, Nancy. "Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente", en: *Debate Feminista*, Año 4, Vol. 7, México, 1993.

Hola, Eugenia y Pischedda, Gabriela. *Mujeres, Poder y Política. Nuevas tensiones para viejas estructuras*, editado por el Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, 1993.

Massolo, Alejandra (comp.). *Los medios y los modos. Participación política y acción colectiva de las mujeres*, El Colegio de México, México, 1994.

Martínez F., Alicia Inés. "La identidad femenina: crisis y construcción", en: *La Voluntad de Ser*, María Luisa Tarrés (comp.), El Colegio de México, México, 1992.

Martínez F., Alicia Inés. "De poder podemos. Diferencias genéricas en las dinámicas sociopolíticas", en: *Revista El Cotidiano*, número 53, México, 1993.

Marx, Jutta. *Mujeres y partidos políticos*, Legasa, Buenos Aires, 1992.

Ortiz-Osés, Andrés. *Las claves simbólicas de nuestra cultura. Matriarcalismo, patriarcalismo, fratiarcalismo*, Anthropos, España, 1993.

Rossanda, Rossana. *Las otras*, Gedisa, Barcelona, 1982.

Varias autoras. *No creas tener derechos*, Auryn, España, 1991.

Tudesco, Giglia. "Presencia y desaparición en las instituciones para un balance de la representación de género", en: *Debate Feminista*, Año 4, Vol. 7, México, 1993.

Varias autoras. *Participación política de la mujer en el cono sur*, Fundación Friedrich Nauman, Tomos I y II, Buenos Aires, 1987.

Valdés, Teresa. Mujeres que sueñan, FLACSO, Chile, 1993.